



RECENSIONES

José Manuel Hernández Carracedo. *La caracterización de Jesús en las notas del narrador del evangelio de Juan. Una guía de lectura para el relato*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2020. 374pp.



El número 78 de la colección de Monografías bíblicas, editado por la Asociación Bíblica Española y Verbo Divino, presenta el trabajo investigativo de José Manuel Hernández Carracedo en torno del Evangelio de Juan. El autor, nacido en 1969, es sacerdote de la Diócesis de Valladolid y doctorado en Teología bíblica de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Como se indica en la introducción, el objetivo del estudio es “analizar cómo las anotaciones del narrador caracterizan a Jesús, contribuyendo a la creación de su identidad narrativa y guiando de este modo al lector, a través de la trama narrativa, para que comprenda correctamente su relato y a su protagonista”. Así, la obra se inscribe en el creciente conjunto de aproximaciones sincrónicas al cuarto Evangelio, particularmente desde la crítica narrativa.

El aporte y novedad del trabajo consiste en que enfoca el espectro del análisis narrativo de modo exclusivo en las anotaciones del narrador que contribuyen a la construcción de la identidad del personaje Jesús a lo largo de la intriga del relato y, a partir de dichas anotaciones y de las relaciones intra e intertextuales que establecen, desarrolla toda una sistematización del modo como el narrador ofrece una visión privilegiada al lector sobre el trasfondo cristológico del Evangelio.

En otras palabras, se muestra cómo estas notas cristológicas constituyen una guía de lectura del Evangelio al presentar una interpretación específica de Jesús, especialmente de su muerte como signo que muestra su gloria (Jn 12,33) y la aparición del nuevo templo, ya que al ser el Dios unigénito Jesús es el “nuevo templo” (Jn 2,21) que la muerte no ha podido destruir. Desde esta visión se interpreta a Jesús a partir de las figuras del Siervo, del Justo o de un profeta perseguido, de los sacrificios y de las esperanzas escatológicas que se referían al antiguo templo.

Para alcanzar su objetivo, Hernández propone una plataforma conceptual y metodológica que, al valerse de la teoría lingüística de la polifonía narrativa (la cual distingue las diversas formas con que la voz del narrador se presenta en el relato), inicia con la delimitación categorial de los elementos al interior de la narración joánica que pueden ser considerados “comentarios del narrador”.

A continuación, mediante el recurso a los aportes de la teoría de la enunciación, el autor define los comentarios que pueden ser considerado “notas”: en general, estas son las intervenciones en las que el narrador aparece como enunciador o comentarador de su propio discurso; en ellas, no solo aparece como constructor del relato, sino que también se separa de él para completarlo, aclararlo y juzgarlo en el momento de emitirlo (“enunciado parenético”), propiciando un cambio de ritmo en el relato.

Finalmente, en estas notas, Hernández señala cuáles son, a su criterio, las “notas cristológicas”, es decir, las que caracterizan a Jesús como personaje protagónico de la narración evangélica y definen su identidad a través de tres campos: los rasgos del ser, que se manifiestan mediante sustantivos y adjetivos; los rasgos de acción o situación, que son dinámicos y se manifiestan mediante verbos; y los rasgos de relación, que oponen funcionalmente a los personajes del relato. Con esta delimitación, procede a catalogar y estudiar este tipo de notas al interior del relato, para descubrir cómo caracterizan a Jesús y cuál es el papel que juegan como guía de lectura y de comprensión de la narración.

Hernández asume que las notas del narrador determinan la estructura del relato completo, delimitan secciones enteras y articulan perícopas concretas. En tal sentido, las notas cristológicas de Jn 1,17-18, 12,41 y 20,30-31 vendrían a confirmar la ya clásica estructuración del cuarto Evangelio organizada en “Prólogo”, “Libro de los signos”, “Libro de la gloria” y “Epílogo” (aunque esta última sección no presentaría notas cristológicas). Así, agrupa las notas cristológicas en cinco grandes bloques, como se explica a continuación.

En primer lugar, “La presentación del personaje: Jesús, Mesías, Dios unigénito”, correspondiente al capítulo tercero (después de los dos capítulos de fundamentación metodológica y de estado del arte). Aquí el autor centra su análisis en Jn 1,17-18 y resalta la función transicional de esta nota respecto de la estructura y el género literario del Evangelio ya que –además de estar relacionada temáticamente con Jn 12,41 y Jn 20,30 en cuanto a la visión de Dios y a la comprensión de Jesús como Mesías e Hijo de Dios– funge como conclusión de una parte importante del relato (el “Prólogo”) y como antesala a lo que sigue (el “Libro de los signos”). La nota, que expresa el honor adscrito de Jesús, su verdadero origen y su relación con Moisés, evoca uno de los

momentos constitutivos de la fe judía: el acto de revelación de Dios por excelencia (Ex 34), en que revela su gloria (Ex 24,15-16).

A continuación, el capítulo titulado “La fe en Jesús (Jn 1,19-4,54)” estudia las notas de Jn 2,1-11, Jn 2,12-22, Jn 2,23-25, Jn 4,4-44, y Jn 4,43-54. En varias de estas se encuentran afirmaciones y comentarios acerca de la fe en Jesús a la que acceden o rechazan paulatinamente los personajes. Ello dependerá de la conexión que establezcan entre los signos y la fe: esta emerge como consecuencia de haber visto el signo y haber contemplado en él la gloria de Jesús (descubriendo su identidad como mesías e Hijo de Dios). A lo largo de esta sección, Jesús se va perfilando como el nuevo templo, surtidor de agua viva, devorado por el celo y el amor a su Padre.

El capítulo quinto, titulado “Hacia la Pascua I (Jn 5,1-10,40)”, aborda las notas de Jn 5,16.18, Jn 6,64, Jn 6,71, y Jn 7,39. Allí se establece que la identidad de Jesús se devela en sus acciones, las cuales son una continuación del trabajo divino y se incluyen en la obra que Dios le ha encomendado realizar (Jn 5,16.18).

En las notas del capítulo sexto, Jesús aparece como entregado y traicionado por uno de aquellos a quienes él mismo ha elegido. Esta entrega se ve minimizada frente a la entrega de Dios, y a la de Jesús mismo, por amor a los hombres y al mundo. En la nota de Jn 7,39, Jesús es presentado como aquel que, al ser glorificado por Dios, se manifestará plenamente como el Mesías e Hijo de Dios. Para ello es necesario la entrega de su vida en la cruz. Posee el Espíritu y tiene la capacidad de darlo. Esta donación coincide con el momento de su muerte, que es fruto de la entrega del amor de Dios y de él mismo.

El capítulo sexto, “Hacia la Pascua II (Jn 11,1-12,50)”, analiza las notas de Jn 11,51-52, Jn 12,16, Jn 12,33 y Jn 12,41. La primera nota, que clausura el relato de la resucitación de Lázaro y comenta el significado de la sentencia de muerte dictada por el sumo sacerdote, completa la caracterización de Jesús como nuevo templo de Dios y fuente del Espíritu. En Jn 12,16, el narrador comenta la entrada de Jesús en Jerusalén y muestra al lector que la crucifixión y sus circunstancias son expresión de la voluntad de Dios y que el destino de Jesús, el Rey de Israel aclamado por la multitud, es el del Justo sufriente. Por su parte, Jn 12,33 reinterpreta el significado del templo y del sacrificio del Cordero pascual: Jesús es el verdadero Cordero de Dios que, por medio de su entrega y su sacrificio, revela su identidad de Hijo unigénito. De igual modo, aparece como el verdadero templo. La nota de 12,41 presenta el fracaso del ministerio de Jesús como cumplimiento de la Escritura.

Finalmente, en el capítulo séptimo, titulado “Todo se ha cumplido (Jn 18-20)”, luego de señalar el fenómeno del silencio del narrador en los capítulos 14 a 17, el

autor aborda las notas del narrador en el relato de la pasión (Jn 18,9; 19,24.36-37) y en los relatos pascuales (Jn 20,9.30-31). Aquí el narrador destaca que las palabras de Jesús son el cumplimiento de una palabra anterior, al mismo nivel que las Escrituras. Además, el motivo del desgarrar de la túnica en el contexto de la crucifixión alude a la Escritura, en la que el desgarramiento de un manto evoca la división del pueblo y la pérdida de la soberanía del Rey. El hecho de que la túnica de Jesús no haya sido desgarrada subraya la ocasión de la unión de todos los hijos dispersos en uno. Por su parte, el discípulo, en Jn 19,35, ocupa respecto de Jesús, el mismo lugar que este respecto del Padre. Ha visto al Crucificado y da testimonio, del mismo modo que Isaías ha visto la gloria de Jesús y lo ha escrito. Las notas del Capítulo 20 se ocupan de completar el itinerario de la fe de los discípulos tras la muerte de Jesús y muestran el modo como los lectores tienen acceso a la vida eterna a través de las páginas del Evangelio, el cual se presenta como un sustituto de los signos que realizó Jesús en toda su actividad reveladora.

Desde el punto de vista formal, aunque se trate de una investigación de carácter monográfico, más allá de los apartados de fundamentación hermenéutica y metodológica que –para quien no esté familiarizado con la narratología bíblica (especialmente con las teorías de la polifonía narrativa y de la enunciación)– pueden parecer un tanto densos, el estilo de la redacción es claro, organizado, fluido e inteligible para un público amplio, no exclusiva ni necesariamente especializado.

Es una lástima que dicha amplitud hacia los posibles destinatarios se pueda ver restringida por la falta de traducción de los textos bíblicos, que fueron plasmados solo en griego, para los casos del Evangelio de Juan y las referencias a la Septuaginta, o con la transliteración hebrea, para el caso de las referencias intertextuales al Texto Masorético. Por ello se recomienda, para quienes no estén familiarizados con las lenguas bíblicas, realizar la lectura del libro teniendo a mano una buena traducción de la Biblia.

Juan Alberto Casas Ramírez*

* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá; <https://orcid.org/0000-0002-4650-5456>.